

LA RAMBLA, LA ARCILLA Y LA SAL

M. SALCEDO HIERRO

ACADÉMICO NUMERARIO

La Rambla

Es muy difícil que alguien recuerde en estos tiempos a dos importantes rambleños que vivieron y ejercieron sus trabajos en 1892 -el año del IV Centenario del Descubrimiento de América- cuyos nombres y apellidos eran Juan Bautista Guadix y Francisco Montero, respectivamente. Tengo que reconocer que no eran grandes personajes; pero, en cambio, sí gozaban del reconocimiento popular. Francisco Montero era dueño de una dura y poderosa caballería; Juan Bautista Guadix -de más poder económico- realizaba sus servicios también con caballería, pero uncida a un lento y seguro carro.

No he llegado a saber si Juan Bautista y Francisco fueron amigos, porque la común profesión que tenían acaso no fuera coincidente en horarios. En 1892 ambos eran los cosarios de La Rambla. Francisco Montero iba a Córdoba una vez por semana, y se hospedaba en la "Posada del Toro", establecimiento situado en el nº 37 de la Plaza Mayor, que hoy conocemos por la de la Corredera. Juan Bautista Guadix, que llegaba a Córdoba todos los miércoles, se volvía a La Rambla los jueves, después de haberse acogido a los servicios de la "Posada de la Herradura", sita en la calle Lucano nº 14, si bien tenía otra entrada por la Ribera.

Aquellos modestos servidores de los transportes cumplían lo encargos de las damas rambleñas y les llevaban de los almacenistas de la capital los que entonces se decían artículos del reino y extranjeros: bisutería, quincalla, juguetería, maletas, lámparas, abanicos, perfumes y juegos de cristal, y para los hombres pudientes de la población lo mismo bastones que petacas y carteras, o cualquier otro encargo.

Convendrían unas palabras para informar de que también transportaban libros. Porque La Rambla estaba entre la media docena de pueblos cordobeses que en 1892 tenían su propia imprenta: la de aquí pertenecía y regía un gran artesano llamado Antonio del Rosal, quien además de realizar trabajos de impresión, llevaba a cabo los de distribuir mediante su centro de suscripciones, desde novelas por entregas hasta las últimas novelas literarias de nuestros país y otros.

Pero los cosarios antedichos no sólo traían, sino que llevaban: aceite de sus finos cosecheros, aguardientes de sus tres fábricas o vinos de sus cinco bodegas, de entonces. Y, naturalmente, las delicadas piezas de alfarería. Que, por cierto, en 1892 eran diez y siete: las de Mateo del Río Aguado, Antonio Alfaro, Francisco Ruiz, Alonso Espejo, José Salas, Juan Estrada Valenzuela, Rafael Urbano, Antonio y José Fernández López, Juan Fernández, José y Pedro Jiménez, Antonio Jiménez Luque, Antonio León Raigón, Rafael León, Juan Ríos Jiménez, José Palomo y Lorenzo Jurado. Por aquellos días sus especialidades eran la construcción de alcarrazas o jarras,

y botellas de barro para el agua.

Las calles y las plazas de La Rambla, en aquella época eran cincuenta y una: con nombres altamente expresivos. De entre ellas, sus cuatro llanos: "Llano de Galán", "Llano de la Estrella", "Llano del Angel" y "Llano del Convento". Pero luego había muchas de títulos curiosos: "Lucenas", "Rejenas", "Meloneros", "Monjas", "Romperrribetes", "Rabadanes", etc...

Como también, La Rambla deshacía sus blancuras sobre los campos de su término, mediante las bellísimas estampas de las casas y casillas de labor: "Algorfillas", "Vaciatalegas", "Las Cordobesas", "Majada alta", "Fuente-Marín", "Huerta de Pobletes" y "El Hornillo".

"Gaona" era un espacioso caserío; "El Caño" era, a la vez, casa de labor y molino harinero; "Pradomedel" también tenía dos versiones: casas de labor, y de huerta; "El Provincial" se presentaba como sede de varios molinos aceiteros; "El Viento" era un albergue de trabajadores y, en "Los Barreros" estaban establecidas las fábricas de ladrillos, que daban su abasto a la población.

La religiosidad campesina de La Rambla de final del siglo pasado cristalizaba en una ermita y sus casas colindantes, de las cuales puedo registrar tres: "Ermita de Nuestra Señora del Valle" (Unida al Cementerio) y Ermitas del "Santo Cristo y del Calvario", si bien en aquellos tiempos existían muchos otros edificios destinados al culto, también en primer lugar la "Parroquia de Nuestra Señora de la Asunción", con su párroco, don Amador Moreno Castro, que fue párroco más de cuarenta años asistido de dos coadjutores y dos sacristanes. El maravilloso órgano del templo, enmudecido durante muchos años, elevaba a Dios sus notas magistrales; porque, en aquel tiempo, ejercía su labor como organista, un excelente músico rambleño: don Antonio Moreno Lucena.

La iglesia del "Espíritu Santo", sede del portentoso Jesús Nazareno, salido de las manos de Juan de Mesa. En conexión con el prestigioso Colegio femenino del mismo nombre que la iglesia: un establecimiento de enseñanza que, por aquellos días, estaba a cargo de una comunidad de 13 religiosas Carmelitas terceras, cuya superiora, (lejana pariente de mi abuelo paterno aguilaense, Antonio Hierro Pulido), se llamaba Sor Lorenza de San Juan de la Cruz Hierro y Estrada.

Como también estaban las Iglesias del exconvento de Trinitarios y del exconvento de Religiosas Dominicas, que por eso se llamaba esa calle de las Monjas... Las ermitas de la Caridad, Concepción, Teresa de Jesús, de la Vera Cruz y San José. La Capilla del Señor de los Remedios con su anexo de Colegio y Hospital a cargo de Religiosas Mercedarias... Y que hace bien por explicar ayer el ilustre cronista de esta ciudad D. Francisco Serrano Rico sus asilos de pobres transeuntes y de viudas y huérfanas.

Era La Rambla romántica donde coincidían dos sacerdotes exclaustrados trinitario y franciscano... La Rambla de Arcipreste solemne, con designios eclesiásticos sobre las parroquias de, Fuencubierta, Las Pinedas, Fernán-Núñez, Montalbán, Montemayor, San Sebastián de los Ballesteros, Santaella y La Victoria... La Rambla de sus seis escuelas primarias... La de sus médicos y farmacéuticos...

Era La Rambla y su Ayuntamiento, presidido por el Alcalde don Martín Cabello de los Cobos y Ariza; la de los abogados, registrador y notarios: la del magno Casino rambleño, y el Círculo Recreativo... La de las mujeres trabajadoras y resueltas, que conllevaban la gentileza y la acción... La de las damas encopetadas que lucían vestidos y sombreros adquiridos en las tiendas de Córdoba capital de Clemencia Perú de Lamber o de las Hermanas Villarejo, pero siguiendo rigurosamente los imperativos patrones señalados por las últimos figurines de París y de Londres, que llegaban sin retraso a La Rambla...

Era aquella ciudad dorada, cultural e industrial, liberal, intelectual y tolerante; de un vivir centrípeto irrenunciable; pero cuya libertad de seguimiento permitía conocer

y asumir, si procedía, las más avanzadas influencias exteriores.

A cualquiera que se nos pregunte por La Rambla de aquellos días finiseculares, obligándonos a definirla en dos palabras, no tendremos ninguna duda en decir, enseguida: "La Rambla, alfarera".

Pero hay que considerar muy bien los detalles de cada momento de la historia de un pueblo, y en 1892, sólo tres ciudades provinciales podían ostentar con significación el título de caballares o caballistas: Córdoba, por su historia, su caballerizas Reales, su literatura y su leyenda; Espejo por sus escuelas de equitación, y La Rambla, porque sobre la calidad y la categoría de sus caballos y jinetes, tenía la de poseer en ella nada menos que el 2º Depósito Militar de Sementales.

A mayor abundamiento, sólo en La Rambla hay dos circunstancias que se cruzan por sortilegio o, mejor, casi por milagro. Los dos significados de la palabra "alfar". Porque, claro está que, en el corriente, "alfar" es el obrador de alfarero; pero, en el menos conocido, "alfar" se dice cuando se levanta al caballo demasiado -en los galopes u otro ejercicio violento- el cuarto trasero, sin doblar los corvejones ni bajar las ancas...

Gran Depósito de Caballos Sementales aquel de La Rambla de 1892... Al mando del Teniente Coronel, 1º Jefe, don Manuel Bretón Aedo... Con su Comandante y Jefe del Detall, don Tomás Chamorro y Martín; con su Capitán Cajero, don Juan Gandullo Luque; con el Capitán, ayudante del Cuerpo, don Justiniano Pardo Tejo; con los primeros tenientes: don Marcelino Aranda Barba; *Habilitado*, don Isidoro Barrera Ramos; *Comisionado del Repuesto*, don José Gómez Delgado; y don José Linares y Linares y don Miguel González Hernández.

El Depósito también tenía -como es lógico- su Profesor de Veterinaria, don Antonio Moya Córdoba, y su Profesor de Equitación, don Rafael Arenas Tapia... Como asimismo había un Comisario de Guerra, denominado don Sebastián Dominguez Fabián...

No cabe duda: desde aquellos años, el símbolo de La Rambla lo mismo puede ser una creación cerámica que un esbelto caballo.

Pero suspendamos aquí, por un momento, estos amplísimos bocetos de La Rambla novecentista en sus postrimerías, estas evocaciones tan sugerentes...

Y ahora, avancemos sobre el tiempo... Hagamos una referencia a los primeros años de la década de los cuarenta, de este siglo. Un día de San Lorenzo -y ya hace del episodio casi cincuenta años- vine yo a La Rambla, para dar un recital poético. Era entonces muy joven: poco pasaría de los veinte años cumplidos. La actuación era complementaria de la de un extraordinario conjunto musical constituido por el Centro Filarmónico "Eduardo Lucena" de Córdoba. Dimos el concierto recital en el Paseo, sobre el kiosko de la Banda de Música. Recuerdo lo extraño que me resultaba decir poesías teniendo por delante, hasta más arriba de mi cintura, una baranda de hierro.

Fuimos bien recibidos, queridos y aclamados. ¡Cómo se llenó mi alma de tan extraordinario recibimiento! Porque no es que los rambleños se acogieran a las leyes de la hospitalidad: es que las sobrepasaban: ¡era que las leyes eran ellos mismos!

Cuando concluyó la jornada, y colmados de atenciones y de saludos regresábamos a Córdoba, volví la vista hacia La Rambla -la noche ferial la había convertido ya en una inmensa luciérnaga- y prometí para mis adentros que la primera vez que tornara a ella le devolvería a mi manera -que no podría ser otra- unos versos de agradecimiento ante aquella admirable recepción.

Claro está que he venido a La Rambla muchas veces; pero ninguna con oportunidad de hablar publicamente. Hoy -cincuenta años, casi, después- sólo se me ha ocurrido un indicador de carretera idealizado y naturalmente ficticio. A la entrada de la ciudad, en el mismo lugar desde donde aquella noche mágica yo volví la cabeza para admirar y despedirme de su belleza nocturna.

Y, por favor, por el amor con que está hecho, aceptadme este soneto:

*Detente en este sitio, caminante;
que de blanco y azul, como una niña,
hace su comunión con la campiña
esta ciudad que tienes por delante.*

*De antigua arquitectura es su talante,
y para que la heráldica la ciña,
La Rambla se hace esmalte con su viña
y es su olvidar blasón determinante.*

*Junto a la arcilla y sal reluce el templo
de Jesús Nazareno que es ejemplo
de Humildad divina, y en sus lares,*

*esos artistas -manos de joyeros-
modelando la flor de los barreros
en el torno inmortal de sus alfares.*

La arcilla y la sal

El 1 de julio del presente 1991, llegué a la estación de Málaga. Lo primero que hice a la llegada fue adquirir un ejemplar del Diario SUR, para ojearlo mientras aguardaba el trenecillo costero que había de trasladarme a Carvajal.

Abrí las páginas y lo primero que me saltó la vista fue un artículo del documentado malagueño Julián Sesmero, titulado "Por recordar que no quede". Dada su oportunidad para mí, decidí que podía ser importante yo lo diera a conocer públicamente, ahora. Sesmero lo que hace, simplemente, es recordar unas viejas estampas malagueñas:

"Semana arriba y abajo -todo dependía de la dureza con que se presentaba cada año el verano malagueño-, llegada la primera quincena del mes de junio nuestros padres preparaban la repetida ceremonia de adquisición del histórico botijo para la temporada estival.

Piezas de barro cocido en los tejares del "Lejío" o en los alfares del Camino de Suárez o de la Colonia de Santa Inés, se podían comprar en cualquier parte, desde una modesta tienda de comestibles hasta un bazar, cacharrería o improvisado boliche del portal o zaguán de los muchos que existieron en Málaga hasta los años sesenta.

No obstante, y debido a su fama, muchas familias esperaban la llegada del botijo de La Rambla, que el burrero acercaba al domicilio con aquella cantinela que mucha gente recuerda todavía: "Botijos finos de La Rambla, llevo! ante cuya oferta muy pocos eran quienes la rechazaban. Al parecer, el botijo hecho con arcilla de La Rambla (Córdoba), "sudaba" mejor y, por tanto, su transpiración provocaba un enfriamiento más notable del agua que almacenaba en su tripa.

Botijo, cachocho, pirulo, búcaro, botija o botijón -los últimos según tamaño y diseño- eran los nombres que se daban a tan antiguos como utilísimos elementos domésticos para el almacenamiento y conservación del agua de beber de toda la familia.

Podían ser instalados sobre un plato para recoger el agua del "sudor" en el centro de la mesa del comedor, sobre el poyete de la ventana, colgado de un gancho en las galerías interiores, en un ángulo del balcón a la sombra de la persiana, o como si fuera hermosa maceta, utilizando su propio soporte en una reja del patio.

Con el fin de evitar que bebedores no diestros tocaran con sus morritos el pitorro, había familias que colocaban en él, como protésis que afeaba bastante su estética, una especie de capuchón protector hecho de hojalata y rematado en agudas puntas, evitando de semejante manera el chupeteo.

Para prevenir la entrada del polvo o de algún bichito, corrientemente se protegía el pitorro con un palito, mientras que la boca más ancha para el llenado, se cerraba herméticamente con un tapón de corcho o pieza expresamente fabricada.

El botijo, cachocho, pirulo o búcaro recién adquirido se llenaba de agua, se le añadía una copita de anís seco para "curarlo" y se dejaba transpirar 24 horas, al cabo de las cuales se volvía a llenar para utilizarlo.

La adición de la copita de anís servía para limpiar el interior del botijo; pero sobre todo y especialmente, para eliminar el sabor que a barro cocido y seco tenía el agua del primer llenado del tripudo recipiente".

Parecidas eran nuestras maneras cordobesas con respecto al botijo, si bien no encuentro inconveniente en agregar a la información, que no le solíamos dar más que dos nombres: botijo o porrón; que unos sitios ideales para colocarlos eran los brocales de los pozos, y que la boca del llenado solía hacerse de forma personal casera, con una bellísima labor de croché y ganchillo.

No es justo, sin embargo, que le demos todo el elogio al botijo, aunque pasen de cincuenta sus formas, porque también en la cerámica estimada como tradicional existían otras piezas: el cántaro, la cántara (de la que el Cronista nos recordó en un artículo que el nombramiento de San Lorenzo Mártir como Patrón de La Rambla se hizo mediante la extracción de una papeleta metida en una cántara con otros tres nombres, y que la elección la realizó la mano de un niño), el cántaro con pitorro, la jarra de alcarraza o la de mesa, la tinaja, la alcancía, la campanita, el cangilón del agua de las norias, y otras múltiples creaciones, muchas de ellas en trance de retroceso, pero jamás de desaparición.

No se trata de añorar las antiguas elaboraciones, porque las nuevas maneras de la cerámica rambleña puede hoy abrir campos comerciales inéditos; pero pueden sacudirse el peso de sus siglos de historia. En realidad las producciones de hoy no son otra cosa que el retorno a un vidriado de lejanos horizontes que ha se hacía en los alfares y que se interrumpió para enclavarse en las creaciones de intensa blancura, surgidas del cruce de la arcilla y la sal. Y del trabajo del hombre.

Pero, además, estas formas de hacer que nos llegan ahora, liberan de moldes y hacen ilimitadas las posibilidades de la cerámica. Que si, al propio tiempo, la entendemos como arte y conocimiento científico de los mismos objetos, entraremos en las consideraciones y puntos de vista desde el de la arqueología.

Los artesanos rambleños, desde su propósito renovador han hecho, hacen y harán: ánforas clásicas de barro negro pintado; urnas griegas de finísima arcilla; cráteras atenienses con asas de columnas; tazas griegas con pie alto; fuentes hondas clásicas sin pie; redomas egipcias con tapa; jarrones alemanes antiguos; floreros; recipientes para la sal de estilo renacentista; tarros, tabaqueras; vasos de cerámica hispano-árabes; hidrias clásicas para el agua; cucharas y páteras para alimentos líquidos; procus, enocoas, olpes y otras vasijas para verter; leцитos griegos y romanos, vasos, cálices -o cálices- vasos multiformes; pero ¿a qué seguir? ¿Quién puede ponerle límite a las insuperables sugerencias de la cerámica de todos los tiempos y países; quién puede cerrarle el paso a la inspiración o a la fantasía?

¡Ah! ¿Y por qué no inspirarnos en aquel Depósito de Sementales de La Rambla de 1892? ¿Por qué, lo mismo que se hacen jarras, de cerámica no es posible también hacer caballos? Esos caballos rambleños que desempedrabán las calles novecentistas -Empedrada incluída- para pasear las rejas floridas, que amparaban visillos con bellos ojos detrás, cuando contemplaban a los gallardos jinetes...!

Los caballos de La Rambla pueden ser figuras; que por provenir de las gradas cocidas recibirían el nombre de figulinas, lo cual no es de extrañar, porque proceden de *figulus*, que en latín es como se llamaban los alfareros. Recordaríamos el *corcel*, caballo ligero, de mucha alzada, que servía para los torneos; el *alazán*, de color más o menos rojo, o muy parecido al de la canela, más o menos pálido, lavado, claro, dorado, acaramelado, anaranjado, tostado o vinoso -que en el *alazán* pueden converger todos estos nombres. Y ¿por qué no una colección de alazanes?

El *ruano*, caballo de regalo, cuyo pelaje está entremezclado de blanco y bayo, que es un color de reflejos amarillentos... El *overo*, de coloración parecida a la del melocotón... El *tordo*, cuyo pelo es parecido al plumaje del pájaro del mismo nombre...

Aparte de estatuas, ¿no se podrían reflejar en platos, placas u otros elementos decorativos? Y, por otra parte, ¿no podría hacerse una colección de caballos con sus jinetes? Jinetes que serían las reproducciones en cerámica de los jefes, oficiales, clases y tropa de Regimiento de Cazadores de Villarrobledo nº 23 de Caballería, que era al que pertenecían los militares de La Rambla.

No sería la primera vez que la arcilla reprodujera caballos de gran calidad. Hoy día, podemos admirar la cabeza de caballo, griega, del Partenón, en Atenas; la cabeza de caballo de un bajorrelieve asirio, cuyo original está en el Museo Británico; varias cabezas de caballo clásicas; y en las figuras heráldicas, sobre escudo de forma triangular apuntada, ese *caballo espantado*, casi siempre en pelo, y muy rara vez *sillado*... y por último, esos caballos árabes, descritos admirablemente por nuestro querido compañero señor Parra Jurado.

No deseo ocultar que el caballo es el animal que más dificultades plantea a la reproducción artística. Parece ser que sus patas son excesivamente delgadas para la reproducción en relieve entero, y que en el bajo relieve, y para la representación en el plano, estorba mucho menos la indicada circunstancia. También se dice que desaparecen muchas de las dificultades técnicas cuando van uncidos a carruajes; y en La Rambla de 1892 había familias acaudaladas que los poseían de los llamados "victorias", "ando", "bric" y "jardineras"...

Pero baste ya de soñar, porque el sentido práctico que ha de presidir la industria y el comercio, sabe que lo más fácil de este mundo es dar ideas, y los más difícil hallar la manera de realizarlas.

Hora es ya de que vaya cerrando estas divagaciones volviendo a la arcilla y la sal: que si "sudan" en las piezas rambleñas, bien las sudaron antes los que iban a los barreros en busca de gredas, y los duros trabajadores de las salinas cordobesas (Díngalo Aguilar o Duernas, si procede) arrastrando la sal con sus legones y sus varas largas y flexibles, y los alfareros -los hombres que hizo Dios más que ningunos otros a su imagen y semejanza, por que sacan sus creaciones del barro, y aquellos vendedores que iban por esos mundos con las caballerías cargadas de redes de esparto, que aprisionaban las blanquísimas piezas cuyos elementos constructivos habían sido, en íntima fusión, la sal y la arcilla.

De un escrito del gran conocedor de la historia de La Rambla, Diego Gil, llegó a mis manos, no hace muchos años, una copia de una poesía escrita por un sacerdote de la Párrroquia de La Rambla, don Francisco Moreno del Río. Estaba dedicada a la Jarra y es altamente expresiva y producto de una gran sensibilidad y una excelente versificación.

Es una bellísima muestra de la glorificación de la arcilla y la sal, en la jarra.

Y ya, casi al final de mis palabras, me gustaría renovar la evolución de aquel año de gracia de 1892. Y lo voy a hacer con el recuerdo de Juan Bautista Guadix y Francisco Montero, ¿se acuerdan ustedes? Los que entonces eran cosarios de La Rambla y llegaban a Córdoba todas las semanas. Si yo hubiera vivido en su tiempo, habría sido en su busca para decirles:

*Mi patio quiero adornar;
y por no elegir cosarios
los dos sereis mandatarios
encargándose a la par
de adquirir en un alfar
que respalde vuestros fueros,
con justicia pregoneros
de que la historia se ensambla
con el arte de La Rambla,
que es el de sus alfareros.*

*De allí os teneis que traer
un cántaro modelado,
que ha de parecer copiado
del cuerpo de una mujer.
El cuerpo que venga a ser
de reducida estrechura;
el asa recta y segura:
porque será él -no otro-
el que la fuente del Potro
vaya sobre una cintura.*

*Buscando frescas acciones
contra un calor sin rebozo,
sobre el brocal de mi pozo,
junto a varios macetones,
quiero poner tres porrones:
compradlos, sin que haya trato:
uno redondo, otro chato
y el otro de farolillo;
y un cántaro bien sencillo
de pitorro, con su plato.*

*No olvideis dos bebederos
con sus texturas más finas;
que aun siendo para gallinas
yo les daré a mis jilgueros:
su jaula entre limoneros
presumirá de agua clara,
y cuando de la algazara
hagan sus trinos alarde
le pondrán canto a la tarde,
como si el patio cantara.*

*Voy a colgar de la parra
la alcarraza, y están locas
por besar las cuatro bocas
que embellecen esta jarra
las uvas, que son su amarra
de dulzor, mientras se fija
el muro que se enclavija
de verdor, cuando él apresa
la noble jarra de mesa,
la tinaja y la botija.*

*No se hará el camino largo,
cosarios, si vais los dos,
por las veredas de Dios,
de La Rambla y de mi encargo.
El tiempo ha de serme amargo
mientras cumplís mis empeños;
pero hareis vivir mis sueños
con esa ciudad inmortal,
y con la arcilla y la sal
de los alfares rambleños.*